

## LA LENGUA CALVA

Hola, soy la Lengua Castellana. Nací hace tanto tiempo que no recuerdo mi niñez. Sé que durante siglos me alimenté de otras lenguas, hoy muertas, pero bien vivas entonces, cuando me servían de nutrientes. Alguien sin perspectiva histórica podría pensar que practiqué el canibalismo, pero entre las de mi especie no se dan esas conductas. Simplemente tomamos de una u otra aquello que nos conviene sin mengua de la donante. De todas mis nodrizas, las de pechos más generosos vivían en Grecia y en Italia, y eran tan distinguidas que, en lugar de muertas, prefiero llamarlas clásicas. Es una sugerencia de Eufemismo, el más querido de mis muchos hijos.

Con el paso de los siglos, la Historia me obligó a cambiar de dieta y me atiborró con palabras árabes, dulces como el dátil, pero tan empalagosas que algunos sabios, sintiéndose empachados, en cuanto les fue posible me devolvieron a las ubres de mi infancia. Aquella segunda lactancia fue tan succulenta que se conoce como mi Siglo de Oro.

Antes de seguir adelante con mi biografía, quiero dejar sentado que desde que alcancé la mayoría de edad (es decir, la forma gráfica), no he dejado de sufrir una creciente disensión entre mis versiones hablada y escrita, mal endémico que afecta a toda mi especie.

En mi versión oral, uno de los síntomas de esta enfermedad es el acortamiento de los miembros. Ejemplo claro es la erosión sufrida por las palabras que terminan en «da» o en «do». Ciertamente en algunos casos la pérdida es comprensible: *pringao* suena mejor que *pringado*. Tanto es así que decir *pringado*, haciendo sonar la «d» es autodefinirse. En las terminaciones femeninas, este fenómeno es menos frecuente pero más radical, llegando incluso a silenciar la vocal acompañante: «Por la calle de Alcalá, con la falda *almidoná*».

Si os digo la verdad, a mí estos recortes no me molestan. Me hacen sentir más fluida, más ligera. Más vulgar, apostilla un erudito, de esos que lo motejan todo con etiquetas esdrújulas. Síncopas y apócope, rezonga mientras se aleja. Su eco lo amortiguan unas voces del otro lado del Atlántico que soslayan la cuestión prefiriendo las formas simples a las compuestas: «llegué» es más breve que «he llegado» y excluye la erosión. Una vez más, la mejor solución viene por la vía más sencilla.

Otra variante en el maltrato de la letra «d» viene siendo practicada por la mayoría de los políticos, que no solo la silencian, sino que la cambian por «z». Me revuelven las tripas cuando se dirigen a *ustez* para pedirle *solidaridaz* con sus planes de *austeridaz* (por cierto, ¡qué bien traído lo de *austericidio*!).

Pero no quiero perder el hilo, que me conozco y sé que empiezo hablando de una cosa y cuando me quiero dar cuenta ya estoy en otra bien distinta.

Conocí la pubertad en el siglo de los mil y quinientos. Una parte de mí se aferraba a lo que hasta entonces había sido. Pero los límites geográficos habían perdido ya su rigidez feudal y los hablantes de distintas lenguas se relacionaban entre sí con bastante facilidad. Uno de los más inquietos, Garcilaso, me trajo de Italia voces y estilos que yo aún no conocía, y Valdés escribió en 1535 un *Diálogo de*

*la Lengua*, fingido pero bien intencionado. El autor defendía un tipo de habla llano, con pocas reglas, «porque el estilo que tengo me es natural, y sin afectación ninguna escribo como hablo, solamente tengo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible, porque a mi parecer en ninguna lengua está bien el afectación».

Bueno, lo uno no excluye lo otro, como demostró luego el extenso diálogo mantenido por don Alonso con su escudero, ejemplo de llaneza el lenguaje de este y de boato el de aquel.

Acerca de los refranes, Valdés ponderaba que «los castellanos son tomados de dichos vulgares, los más dellos nacidos y criados entre viejas tras el fuego, hilando sus ruecas; los griegos y latinos son nacidos entre personas doctas, y están celebrados en libros de mucha doctrina. Pero para considerar la propiedad de la lengua castellana, lo mejor que los refranes tienen es ser nacidos en el vulgo».

Quizá por ese origen poco pulido fuesen los refranes denostados por don Alonso, quien llegó a reconvenir con acritud a su escudero: «Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día a la horca». Aunque bien pudiera ser que su repulsa naciera de los celos del intelectual seco frente al iletrado fértil que siempre tiene a flor de labios un refrán con que glosar los acontecimientos. ¿O acaso no destilan fascinación las palabras con que el caballero remató su diatriba?: «Dime, ¿dónde los hallas, ignorante, o cómo los aplicas, mentecato, que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase?».

Por mi parte, reconozco sentir una fuerte hostilidad por un juego de palabras cuya finalidad última es someter cualquier novedad a un prejuicio antiguo. Y aún diré que, aunque pretenda ser práctico e ingenioso, las más de las veces se queda en pretencioso y necio, porque toma un aspecto parcial de las cosas y le da categoría universal. Y también que es ambiguo y oportunista, porque donde uno dice blanco siempre hay otro que dice negro.

En fin, qué queréis que os diga, a mí cualquier locución prefijada, llámese adagio, aforismo, apotegma, dicho, máxima, paremia, proverbio, refrán o sentencia, me parece un recurso para el hablante holgazán o falto de formación que, incapaz de expresar sus pensamientos con fórmulas personales, se aferra al *prêt-à-porter*. Perdón por el galicismo, me lo ha debido de pegar mi hermana transpirenaica con la que ayer estuve hablando de este mismo tema.

Me dijo que uno de sus amantes ha escrito una especie de diccionario en el que lamenta que el habla de los mediocres, saturada de frases hechas, esté acabando con la imaginación<sup>1</sup>. ¡Cómo entiendo a mi hermana! Yo siento lo mismo. Por eso aplaudo cuando alguien con chispa rearguye una pretendida verdad categórica: «Dinero llama a dinero. Sí, pero lo más a lo menos», «El saber no ocupa lugar. Ya, pero lleva tiempo», «Un instante de sexo puede arruinar una amistad de años. Solo si el buen amigo es un mal amante». Al hilo de este último ahí va un reargumento que no es mío, pero me gusta: «El sexo es sucio. Pero solo si se hace bien»<sup>2</sup>. Aunque la mayoría de los reargumentos proceden de cerebros cultivados, también el pueblo llano construye alguno de vez en cuando. Eso sí, dejando su sello: «Tiran más dos tetas que dos carretas. Y dos cojones, más que mil razones». Qué queréis, por eso le dicen llano.

Otro amante de mi hermana se muestra particularmente indignado por los modismos, a los que define como «naderías que constituyen un espíritu picaresco cuyo mérito consiste particularmente en el gesto o en la pronunciación. Esa especie de argot está cambiando sin cesar. Un acontecimiento político, un proceso criminal ruidoso, una canción callejera, las payasadas de un cómico, todo sirve de pábulo a

<sup>1</sup> Gustave Flaubert, *Dictionnaire des idées reçues*, 1911.

<sup>2</sup> Woody Allen. *Toma el dinero y corre*, 1969.

ese juego de ingenio»<sup>3</sup>. Si os digo la verdad, pocas cosas me sonrojan tanto como escuchar este tipo de *diálogos*: «—¿Te das cuentintarantino? —Efestiviunder».

Entre los jugones cultivados, rechazo los malabaristas de la mente que pierden el tiempo componiendo acrósticos, anagramas, calambures o palíndromos. Agradezco, en cambio, a los que, sin dejar de hacerme útil, me convierten en primor. Me refiero a los poetas, capaces de escribir cosas como «polvo seré, mas polvo enamorado»<sup>4</sup>. Por desgracia, no siempre se me maneja con la misma finura. Hay quien, por el prurito de rimar, me disloca: «Una tarde parda y fría / de invierno. Los colegiales / estudian. Monotonía / de lluvia tras los cristales»<sup>5</sup>. ¡Qué daño! No me extraña que alguien dijera: «A mí, el encabalgamiento machadiano me ha hecho siempre el efecto de que lo que estudian los colegiales es monotonía»<sup>6</sup>. Me complace más la prosa de esta reflexión que la rima perfecta de la cuarteta.

Bueno, vuelvo a mis amantes y admiradores. En 1719, algunos de ellos, encabezados por Manuel Fernández Pacheco, pidieron permiso al rey para crear una institución que velara por mi pureza y dignidad. Me sentó mal, la verdad. En parte porque nunca conocí esas cualidades. Pero sobre todo porque la llamaron Real Academia de la Lengua, como si fuera algo mío, cuando en realidad la hicieron para ellos. Fijaos hasta qué punto es suya, y no mía, que le han cerrado sus puertas a alguno de mis mejores amantes. Corre entre los propios académicos un rumor según el cual, durante la elección de un nuevo miembro, no votan a favor, sino en contra de uno de los aspirantes. Quizá solo sea una maledicencia, pero me consta que en alguna ocasión ha sido así. El portazo a Paquito, sin ir más lejos<sup>7</sup>.

Por eso me hizo gracia Darío cuando en su *Letanía de nuestro señor Don Quijote* soltó aquellos versos: «De las epidemias de horribles blasfemias de las Academias, ¡líbranos, señor!».

Con igual sentimiento, Unamuno escribía en 1896 un ensayo titulado *Acerca de la reforma de la ortografía castellana*, en el que describía a los académicos como seres «arbitrarios casi siempre, que sin atreverse a romper la tradición erudito-pedantesca, solo a medias nos vuelven a ella; conservadores que todo lo embrollan sin conservar nada, oscilando de uno a otro extremo. De esta laya es nuestra desdichadísima Real Academia de la Lengua».

También Valle-Inclán, en su obra *Luces de bohemia*, deja clara su opinión al respecto cuando hace que don Latino exclame ante el ataúd de Max Estrella: «¡Te has muerto de hambre, como yo voy a morir, como moriremos todos los españoles dignos! ¡Que caiga esa vergüenza sobre los cabrones de la Academia!». Antes, en la misma obra, Max Estrella ha dicho que Don Latino es «un hombre que desprecia la poesía, como si fuese académico».

¡Qué vehemencia, qué ira, la de Valle! Yo no creo que los académicos sean (todos) unos cabrones, ni que desprecien la poesía. De hecho, la definen como la «manifestación de la belleza o del sentimiento estético por medio de la palabra». Aunque, claro, una cosa es lo que se dice... La verdad es que cuesta entender que, pensando así, la expliquen con las voces más feas del diccionario: asclepiadeo, glicónico, ferecracio, trocaico, cataléctico, hiponacteo, arquiloniano, serventesio, hemistiquio... Mi hermana la griega lo encuentra tan natural, pero dirígete a un campesino español con cualquiera de estos palabros y verás el cantazo que te da.

---

<sup>3</sup> Honoré de Balzac, *Le Père Goriot*, 1834.

<sup>4</sup> Quevedo, Madrid 1580-Villanueva de los Infantes 1645.

<sup>5</sup> Antonio Machado, Sevilla 1875-Colliure, Francia, 1939.

<sup>6</sup> Francisco Umbral, Madrid 1932-2007. *España como invento*.

<sup>7</sup> Francisco Umbral, Madrid 1932-2007.

Entiendo la afición de los cerebros cultivados a manejar palabras que los distinguen de los que no quisieron o pudieron dejarse los codos en el pupitre. Reconozco la conveniencia de un vocabulario peculiar en ciertas especialidades. Pero creo que a los niños les gustaría más conjugar el pasado en lugar del pretérito. Y, a ser posible, sin tener que aprender palabras como pluscuamperfecto.

Además del uso de palabras cultas, a los académicos los distingue la ranciedad en el vestir: «Tuve que ponerme el frac, porque no te dejan entrar de otra manera. Qué más hubiera querido yo que poder ir con esta boina. Pero para entrar allí es condición indispensable vestirse de mamarracho». Me gusta la sinceridad de Pío. Vale la pena dejarse llevar por él a ese «Olimpo oficial donde figuran medianías gloriosas»<sup>8</sup>: «Yo fui (...) por enterarme de lo que pasa en esas reuniones. Llegamos. El obispo comenzó a rezar. Después que hubo rezado durante un ratito nos sentamos y los académicos más duchos en la materia que yo, que era nuevo, comenzaron a discutir allí unas cuantas palabras. Cuando comprendieron que estaban suficientemente discutidas volvió a rezar el obispo, y nos marchamos... Eso fue todo»<sup>9</sup>.

Abrí la ronda de inectivas con una traída del otro lado del Atlántico. De allí viene también esta con la que cierro: Augusto Monterroso destacaba «la falsa solemnidad y la tontería» como los rasgos más característicos de la Academia. Titulaba su trabajo *Solemnidad y excentricidad*.<sup>10</sup>

Hablando de excentricidades, hubo un caso ciertamente notable. Se llamó María Moliner. Menos abrupta que los hombres, María no expresó su rechazo a los académicos con insultos y descalificaciones, sino enmendándoles la plana. O sea, escribiendo su propio diccionario. A mí, todo enfrentamiento del individuo con la institución me parece admirable, pero lo de María... Siempre he pensado que lo suyo por mí no fue amor, sino puro delirio.

María dio a conocer su obra en 1966. Treinta años después seguía haciendo reimpressiones de la primera edición. ¡Con lo viva que es una! Su trabajo, ciertamente colosal, se llamó *Diccionario de Uso*. Sin embargo, carecía de palabras tan usuales como *acrónimo*, *adicción*, *cantamañanas*, *diáspora*, *dióscuros*, *fario*, *forofo*, *forum*, *gónada*, *grifa* o *caballo/hierba* (en su sentido de estupefacientes), *magnicidio*, *maximalista*, *michelín*, *mutante*, *nobel*, *parafernalia*, *revolera*, *sinestesia* (voz de triple significado: fisiológico, psicológico y literario), *tupamaro*, *vasectomía*, *zombi*... Todas ellas recogidas por aquellos a quienes María pretendía tirar de las orejas. Otras ausencias, como *impensable*, *gratificante* o *inimicísimo*, también incluidas en el diccionario de los académicos, se las disculpé por considerarlas fácilmente deducibles.

Menos dispensable me pareció su inconsecuencia con los barbarismos: no incluía *gigoló*, *macramé* o *parterre* (admitidos por los académicos), pero sí *fading* o *script-girl*. O con su dudosa puesta al día. Para María, *hortera* seguía siendo un dependiente de comercio, sin connotación de vulgar y de mal gusto; una *chacha* era solo un ave, no una criada; en la entrada *paternal* nada hacía deducir el carácter peyorativo de esta palabra, cuyas derivadas *paternalismo/ta* desconocía.

En cuanto a su criterio, me hizo sacudir la cabeza de lado a lado en numerosas ocasiones. Su ideología ultraconservadora le impedía ver la connotación política de *facha*, pero aplicaba la expresión *de la cáscara amarga* a las personas de ideas

---

<sup>8</sup> Cansinos-Asséns, *Recuerdos literarios*.

<sup>9</sup> Declaraciones de Pío Baroja, 17/5/1935. Josefina Carabias, *El País Semanal* 1/3/98.

<sup>10</sup> Cuando en una de nuestras reuniones fraternales mencioné este asunto, mi hermana inglesa me miró entre indulgente y despectiva: «También son ganas de complicarse la vida. Después de todo solo eres la cuarta lengua en número de hablantes. Yo soy la primera y no tengo Academia».

izquierdistas (los académicos despolitizan esta expresión definiéndola como *ser travieso y valentón o de ideas avanzadas*). Su germanofilia saltaba a la vista con la inclusión de una palabra tan insólita como *Luftwaffe*, nombre del Ejército del Aire alemán de tan mal recuerdo para las democracias europeas. En la entrada *dudar* traducía la expresión *chi lo sa* (quizá) como *Dios dirá, sabe Dios, Dios sabe*, en lugar del literal laico *quién sabe*. *Epifanía* era solo la adoración de Jesús por los Reyes Magos, no cualquier «manifestación, aparición o revelación», como dicen los académicos. Sus reparos eran insalvables ante las palabras o expresiones tabú, negándose a recoger términos de uso tan innegable como *gilipollas, cipote, magrear o hacerse una paja* (todos admitidos por los académicos).

En cambio, se esmeraba en incluir términos específicos de alguna rama científica, como los botánicos *cascaronia astragalina, gambetta melanolenca* o *pithecolóbium lanceolátum*, o los zoológicos *cerneis nauman, scýllium cátilus* o *turdus philomelus*. ¿De verdad pudo pensar que eran apropiados para un diccionario de uso?

Y qué decir de su pretensión de *fixar* el *cambio* monetario: la lira «equivale a una peseta», el rublo «equivale a la par a cuatro pesetas». ¡Qué ingenuidad! ¿Habrá algo más variable que la divisa?

En el aspecto didáctico, para comprobar su inferioridad respecto al diccionario oficial basta comparar las respectivas explicaciones de *sintagma*.

Por último, algún descuido: *reir* sin tilde sobre la *i*. O referencias a ninguna parte: en la entrada *griego* remite a *v. calendas griegas*, pero esta entrada no existe. Igualmente, en *complejo* dice *v. acomplejado*, sin que existan las entradas *acomplejar/ado*. Y alguna definición inexacta, como la de *romboide*: «cuadrilátero cuyos lados son paralelos e iguales solo cada uno con el opuesto», definición que iguala al romboide con el rectángulo al no mencionar los ángulos, rasgo imprescindible para diferenciar ambas figuras. El diccionario oficial define: «Paralelogramo cuyos lados contiguos son desiguales y dos de sus ángulos mayores que los otros dos».

Pero no quiero seguir hurgando en la llaga, no vaya a ser que me acusen de misoginia. Mis hablantes dicen que si alguien se expresa libremente es porque no tiene pelos en la lengua. Supongo que por eso a mí me llaman calva.

—oOo—

A veces me reúno con mis hermanas. No son encuentros agradables, qué va. Siempre están tirando puyas. La italiana, que en lo tocante al latín va de pulcra, se burla de mis hablantes por su transposición de la «r» y la «l» en palabras como *milagro*, que viene de *miracolo*, o *peligro*, que viene de *pericolo*. Antes de que pueda responder se entromete la francesa para decir que lo mismo pasa con *Algeria* y *Alger*, convertidas por los castellanos en *Argelia* y *Argel*. Pues si oyeran a los andaluces que dicen *puelta* y *barcón*.

Es curioso cómo algunas transposiciones acaban por imponerse a las formas originales. Hoy, si alguien dijera *alderredor* lo llamarían paleta. Pero así es como este adverbio era escrito por el autor del *Lazarillo* antes de que la forma corrompida «alrededor» mandase a su predecesora al barracón de las palabras desusadas<sup>11</sup>. Y, por si no os habéis dado cuenta, al referirme a la forma que *precede* la he llamado *predecesora*, trasponiendo el conjunto original *cede* por *dece*. Como veis, a las letras les gusta el baile.

---

<sup>11</sup> Tratado Quinto del *Lazarillo*: «miró al delincuente y a todos los que alderredor estaban...»; «en diez o doce lugares de aquellos alderredores...», 1554.

Quien peor lleva estos cambios es Etimología, la mayor de mis hijas. No quiero hablar mal de ella, pero es la que me da más disgustos. Y el caso es que yo apruebo su labor, pero esa tendencia suya a sembrar el desconcierto...

Ella dice que es porque unas veces tira de griego y otras de latín. Es lo que tienen las lenguas madre, que nutrir nutren. Gracias a ellas mis hablantes tienen palabras distintas para expresar un mismo concepto. Al «poder» los griegos le decían *arcos*, y de ahí *monarquía*; los latinos, *cracia*, y de ahí *democracia*. Esto, para los poetas y escritores floridos es una bendición, pero al pueblo...

La mayor aportación de las lenguas madre son los prefijos y sufijos. Pero gestionar este material requiere un cierto orden. Y aquí es donde a Eti no la veo. ¡La que me tiene montada con el conjunto «od»! Unas veces lo emplea para indicar camino, vía, forma, como en «humanoide», que significa en vías de ser humano, o en «deltoides», que recuerda la forma de la letra delta, o sea de un triángulo. Pero otras veces significa pie, y esto ya es de chiste porque me forma «unípede» (que tiene un solo pie), «bípede» (que tiene dos), «trípode» (tres)... Eti, hija, no la lées y decídetete por cualquiera de ellos, *ede*, *edo*, *ode*, el que quieras, pero siempre el mismo.

Entre los prefijos, puede que el más duro de asimilar sea «ex». En caso de duda, mis hablantes menos cultos, esos que a un sujetador de la talla 120 lo llaman «sostén con dos buenas cazoletas», tienden siempre a lo exótico. Si no saben cómo escribir «espléndido», si con «s» o con «x», seguro que escogen la «x». Eti se desespera con estas cosas, pero tiene que comprender que no toda la culpa es de los hablantes. No es fácil tomar la decisión acertada cuando se trata de escribir palabras de construcción tan parecida como «espoliar» y «exfoliar». ¡Que me consulten!, dice Eti. No sé cómo, si a pesar de ser la mayor es la menos conocida de mis hijas.

Por mi parte, casi prefiero que la ignoren porque ¿cómo explicaría la discrepancia formal entre «vida» y «vital», «delito» y «delictivo», «ombligo» y «umbilical»? Son solo algunas de las cientos de discordancias que podría citar.

La pobre Eti ni siquiera sabría defender que una misma raíz se acentúe de un modo diferente: kilogramo y kilómetro, televisor y teléfono. Mis hablantes no dan importancia a estas cosas, pero yo, en mis reuniones con otras lenguas, no puedo evitar un gesto de extrañeza cuando escucho a la italiana decir «atmosfera», con el énfasis en la sílaba «fe». Acostumbrada a mi «atmósfera», la suya me suena a palabra mal pronunciada. Luego, me fijo en otras palabras mías compuestas con la raíz esfera, como litosfera, troposfera, estratosfera, y no encuentro ninguna esdrújula. (A no ser que asista a una reunión de astrónomos latinoamericanos: ellos sí que las esdrujulizan).

Por cierto: al mencionar la raíz «kilo», salió a relucir la letra «k». ¡Menudo quebradero de cabeza! Ya estuve a punto de perderla cuando latinizaron el griego, y «kappa» fue postergada por «c». Pero el ataque más iracundo vino más tarde, cuando un cirujano loco la quiso extirpar por «antiespañola y antipatriota». Él sí que era antipático. Y antipatriota, porque alguien que dice «que inventen ellos» o «me cago en la electricidad», ¿en qué lugar deja a sus paisanos?<sup>12</sup>

Y no se quedó ahí. También le caía mal la «x», a la que sustituyó por «j». Como ortodoxo le sonaba mal, él decía *ortodojo*, mucho más agradable al oído, dónde va a parar. Pero no creáis, que este sajador estaba solo. ¡Os sorprendería saber cuántos lumbreras han perdido la cabeza por mí! Había otro al que también se le atragantaba la «x» y escribía *esquisito*, *estremo*...<sup>13</sup> La verdad es que era un tipo extravagante. Como no le gustaba la «g» delante de la «e» o de la «i», la sustituía por «j»: *jenio*,

<sup>12</sup> Referencia a Miguel de Unamuno.

<sup>13</sup> Referencia a Juan Ramón Jiménez.

*jeneral*. Naturalmente, esta «reforma» no fue tomada en serio. Y menos viniendo de alguien que no siempre sabía de lo que hablaba. Cuenta Ortega que, paseando por el jardín de su casa, este excéntrico le preguntó: «¿Qué flor es esa?» Y Ortega le respondió: «Un rododendro, del que usted habla con frecuencia en sus poemas».

Reconozco que también a mí la «j» me parece una letra incómoda, pero solo en su versión oral y por el daño que hace a la garganta. Escrita no es peor que cualquier otra, incluso la encuentro agraciada, con esa curva tan suya. Si mantiene una pelea permanente con la «g», la culpa es, una vez más, de una castellanización enredosa y falta de rigor que igual incorpora **gerifalte** que **jerigonza**, procediendo ambas del occitano: *gerfalt* y *gergons*.<sup>14</sup>

La discordancia entre la «x» y la «j» viene de muy lejos. Concretamente, del descubrimiento por parte de los españoles de nuevas tierras y nuevas gentes al otro lado del Atlántico. Cuando los conquistadores dijeron que los indígenas de aquellas latitudes se denominaban con algo parecido a *mexica*, los castellanos no tuvieron inconveniente en transcribir este sonido, que ya se encontraba en otras palabras de mi patrimonio, *lexos*, *mexillas*, *congoxosa*. El problema vino con la evolución posterior del sonido «x» al sonido «j». En muchas voces cultas, como «examen» o «éxito», la «x» mantuvo su sonoridad latina («ks»); en otras, en cambio, se impuso la «j», como en «lujo» o «complejo»; y en alguna se produjo una duplicidad de voces, como en «anexo» y «anejo».

Para resolver esta confusión, en el siglo XIX los académicos emprendieron una campaña desafortunada contra la pobre «x». Esta beligerancia de los lexicólogos españoles fue rechazada por sus colegas mexicanos, que defendieron la pervivencia de la «x» en sus denominaciones de origen, convirtiendo esta letra en un símbolo de independencia y progreso frente a la «j», distintivo de sometimiento a un «espíritu conservador y arcaizante». Finalmente, los académicos decidieron que ciertos topónimos, como Texas o México, se podían escribir con «x», aunque debían pronunciarse como «j», estableciendo la contradicción de escribir «mexicano», pero pronunciar «mejicano»<sup>15</sup>.

Esta prescripción salomónica dejó a los hispanohablantes sin potestad para pronunciar las palabras que contuvieran la letra «x» sin antes consultar el Diccionario, no fuera a ser que estuvieran afectadas por alguna peculiaridad fonética. Leían «Abraxas» y no sabían si decir «abraksas» o «abrajas». No es que consultar el diccionario sea una mala práctica. Lo peor es que esta duda se renueva cada vez que la Academia da a luz una nueva edición.

Siento decirlo, pero ni siquiera a Ortografía le caen bien los académicos. ¿Y cómo?, dice ella, si ya su primer texto oficial hoy le valdría un suspenso a un alumno de primaria: «Fundación, y Estatutos de la Real Academia Española»<sup>16</sup>. Vale, estaban empezando, pero es que la cosa no mejoró con la publicación de su diccionario, en cuya declaración de intenciones representaban un mismo fonema con dos grafías diferentes: «las **ph**rases o modo de hablar, los proverbios o **refra**nes». En realidad, este conflicto venía de mucho tiempo atrás. Exactamente de cuando los romanos adoptaron un mogollón de palabras griegas respetando en ellas el dígrafo «ph», al tiempo que mantenían la letra «f» en las palabras de origen propio.

---

<sup>14</sup> Gerifalte fue incorporada al diccionario en 1734; jerigonza, en 1837.

<sup>15</sup> El lingüista venezolano Rosenblat creyó ver en esta actitud un empecinado complejo nacionalista: «Parece que en Méjico se ha hecho de la “x” bandera de izquierdismo, y que, en cambio, la “j” es signo de espíritu conservador o arcaizante. Que mis amigos izquierdistas de Méjico me perdonen, pero la conservación de la “x” de México es un caso claro de fetichismo de la letra».

<sup>16</sup> Los Estatutos de la Real Academia fueron publicados en 1715.

De lo anterior se desprende que Ortografía y Etimología se llevan como el aceite y el agua. El gran resarcimiento de Ortografía vino en 1804<sup>17</sup>, cuando los académicos acordaron amputarme definitivamente el dígrafo «ph», sustituyéndolo en todas las palabras por la letra «f». Teniendo en cuenta que solo unos años antes me habían extirpado las grafías «th» y «rh», cualquiera diría que Ortografía debería estar contenta. Pues no. Aún se queja de que mantengan «ps», «pt», «gn»...

Con todo, lo que peor lleva es la adaptación al castellano de palabras forasteras, reflejo del terrible hábito de convertir al infiel<sup>18</sup>. Con la excusa de que tal o cual sonido «es contrario a la fonología del español»<sup>19</sup> a los académicos les gusta añadir vocales a los barbarismos. Dicen que las terminaciones en «-t» o en «-m» no son castellanas, y por esta razón la palabra inglesa *film* debe convertirse en «filme». Menos mal que no aplican la misma norma a *ballet*, porque decir «balete»...

Los adaptadores, siempre irrisorios, a menudo son también inconsecuentes. Aceptan «autostop», contraviniendo la fonética que sugiere «autoestop», pero castellanizan «home run» inventando el palabra «jonrón», que ni siquiera respeta el sonido original. Javier Marías, un escritor que nunca será académico, defiende el formato original en la incorporación de palabras extranjeras: «*gangster* (sin acento, por favor)... *baseball* (perdonen, pero eso de escribir béisbol me parece tan ridículo como el estomagante güisqui que recomendó la Real Academia un día en que sus miembros debieron de ponerse hasta las cejas del mismo)»<sup>20</sup>.

Seguir los vaivenes de los adaptadores no solo impone a mis hablantes la exigencia de revisar su lenguaje a tenor de las mudanzas sufridas por el Diccionario. También conlleva el riesgo de escribir vocablos que unas décadas después otros académicos relegarán, aceptando su forma original, de modo que la Academia parecerá más moderna que los escritores que, sumisos a la norma, dejaron plasmadas en sus textos formas ya obsoletas. ¿Qué ocurrirá, por ejemplo, con los textos en los que la Academia obliga ahora a escribir la ya comentada «filme» cuando con el tiempo otros académicos decidan que no hay razón para no escribir y pronunciar *film* como todo el mundo? Pues lo dicho: que los académicos pasarán por más cosmopolitas que los escritores obedientes.

(Durante muchos años, los académicos decretaron la acentuación de «chófer» como palabra llana, siendo su origen la voz francesa *chauffeur*, pronunciada como aguda por los hablantes de todas partes del mundo, incluso por los latinoamericanos, que siempre escribieron «chofer», sin acento gráfico, para indicar su carácter oxítono. Hoy que los académicos aceptan «chofer», todos aquellos que escribieron «chófer», incluido el mismo Lázaro<sup>21</sup>, resultan raros.)

Pero no vayáis a pensar que todas las intervenciones académicas merecen la misma consideración. Algunas son imprescindibles; otras, convenientes; muchas, innecesarias y las más, perjudiciales.

He tenido, tengo, numerosos hijos. De todos ellos, como ya dije, mi preferido es Eufemismo, tan educado, tan dispuesto siempre a maquillar cualquier impureza de las muchas que me han ido saliendo con la edad. La primera consecuencia de su buen hacer es el fomento de la cordialidad entre mis usuarios. Me conmueve la

---

<sup>17</sup> Año en que los académicos sacaron la cuarta edición de su Diccionario.

<sup>18</sup> Nombro al infiel y me viene a la cabeza la interjección moruna ¡Ojalá! Me hace tanta gracia oírsele decir a un sacerdote cristiano, en lugar de ¡Quiera Dios! El hombre no sabe que invoca la divinidad equivocada.

<sup>19</sup> Lázaro Carreter.

<sup>20</sup> *Como un mafioso*, Javier Marías, El País Semanal 1/2/2004

<sup>21</sup> *El dardo en la palabra*. Enseñantes, Lázaro Carreter, 1988. *Un chófer del Parque Móvil*.



delicadeza deontológica del masajista que, frente a un culo tan ancho como la camilla, pide a su paciente que apoye bien el *culete*.

A menudo, alguien que no es entendido por su interlocutor lo increpa con un: «¿Es que estás sordo?». Identificar la torpeza con la sordera es ofensivo. Imaginad que lo escucha la madre de un niño que tiene esa discapacidad. Eufemismo, siempre tan sensible, sugiere la expresión «léeme los labios», que mantiene la idea de incompreensión, pero sin mención a ninguna deficiencia física.

¡Qué atento está siempre mi querido Eufemismo! Y aun así, el vulgo burla su control con demasiada frecuencia. Para suavizar la expresión «tengo un miedo que te cagas» hay quien prefiere decir «me voy por la pata'bajo». Si lo que pretende es evitar la malsonancia, no me parece que esta sea la mejor manera.

A veces, el retoque solo busca una mayor sencillez expositiva: durante la construcción de un edificio, el capataz explica a un albañil el recorrido de una bajante. Intuyendo que el otro no lo sigue, el capataz se interrumpe y le pregunta: «¿me entiendes o te hago un croquis?». Esta expresión alcanzó gran popularidad como referente jocosos a cualquier dificultad de comprensión, si bien la gente llana, encontrando la palabra «croquis» un poco relamida (normal, viniendo de Francia), prefirió cambiarla por «dibujo», también francesa pero castellanizada por la inclusión de esa «jota» fricativa, tan mía.

—oOo—

Hay cosas que se valoran por su escasez: el oro, las piedras preciosas, diversos objetos superfluos. Otras, en cambio, son más valiosas cuando más abundantes: la palabra. Un lenguaje se hace más importante cuantas más palabras contiene. Una palabra se hace más útil cuantas más personas la usan. Pero no todas las palabras se justifican. Por ejemplo, los modismos, de los que ya he hablado, con los cuales la calle ayuda a los académicos en su misión de engordarme. Que el vulgo llama «bocata» al bocadillo, ¡Palabra al bote! Que inventa «picoteo» para referirse a una comida ligera, informal y, generalmente, entre horas, pues el diccionario la incluye como sustantivo de «picar», que es «tomar una ligera porción de un alimento o cosa comestible». Y yo me hago cruces. Si ya tenían «picar», ¿para qué necesitaban «picotear»? Si tenían hablar, ¿para qué parlotear y parloteo? Si tenían chanclas, ¿para qué chancletas, chancletear y chancleteo? Vale que la calle hierva en modismos, pero los académicos deberían ser más rigurosos. Y conste que no estoy en contra de las derivaciones, ¡qué va! Frente a la locución petrificada prefiero la ocurrencia: «cultureta» me resulta más simpática que pseudoculto para tildar a los cultos de pacotilla.

El caso es que, por A o por Z, no dejo de engordar. Y es que los hablantes son caprichosos y, si les gusta algo de otra lengua, se lo quedan, a menudo con poco rigor.

Durante siglos, mis mayores proveedores fueron los viajeros, que volvían de sus periplos tratando de imitar algunas voces escuchadas por ahí, voces que, invariablemente, deformaban dando lugar a palabros ridículos.

Luego, vino la revolución tecnológica, y con ella contraí la enfermedad más penosa de mi existencia: el *spanglish*. O sea la adaptación de palabras inglesas

practicada por los técnicos de toda laya, aunque la palma se la llevan los informáticos: *deletear*, *renombrar*...

Por suerte, los académicos aún no han tenido en cuenta estos términos, pero sobre ellos hago recaer la culpa de haber iniciado esta senda cuando incorporaron a su diccionario *wagón* por *wagon*, cóctel por *cocktail*, bisté por *beef steak*, champú por *shampoo*, suéter por *sweater*, mitin por *meeting*... Y extravagancias como la anteriormente citada *güisqui*. Me pregunto qué les impidió llamar *sángüich* al *sandwich*<sup>22</sup>. Probablemente la misma falta de criterio que cuando españolizaron *vaudevilles* como *vodeviles*, pero aceptaron *voyeur* tal cual. O *claquette* como *claque* pero *cassette* como *casete*. ¿De verdad algún académico pronuncia esa «e» final?

Y es que, se mire por donde se mire, la castellanización está llena de incongruencias. Leo: «El New York Times, diario de Nueva York». Así, con el nombre del periódico en inglés y el de la ciudad en español. En fin, mientras no promulguen la escritura de Séicspir, Volter o Chopenáuer me daré con un canto en los dientes.

A mí esta brega me parece ociosa. Que yo sepa, leer *ciao* y pronunciar *chao* no había supuesto ningún trauma para mis hablantes. Incluso habían aprendido a pronunciar la «s» líquida de «smoking», «status», «standard» o «snob» sin necesidad de escribir esa «e» inicial impuesta por los académicos. Y digo ociosa cuando debería decir *nociva*. Porque si mal está «esmoquin», con la «e» añadida, la «g» suprimida y la «k» reemplazada por «qu», peor está «esnob», que dificulta la clara etimología original: *sin nobleza*.

Otro proveedor de innovaciones, las más de ellas innecesarias, es el deporte. Por ejemplo, en todas partes escriben *tennis* con dos enes, tal como lo reglaron los ingleses en el siglo XIX. En España, no. Aquí había que inventar *tenis*, con una sola ene. Ni en Francia, ni en Italia, ni en Alemania... Ni siquiera los catalanes han sentido la necesidad de alterar la universalidad de esa palabra. Solamente los españoles y los portugueses. Será que los demás no tienen academias tan bien dispuestas como las nuestras a perseverar en el castigo divino de la confusión de lenguas.

Pero el que más goles me ha colado por la escuadra es el que llaman deporte rey. Todo empezó en 1927, cuando los académicos me endosaron dos voces distintas para un mismo concepto: *balompié* y *fútbol*. Nada que objetar a la primera, pero a la segunda... Huelga decir que *fútbol* es la castellanización de *football*, pero habrá quien no sepa que gol lo es de *goal*, chut de *shoot*, órsay de *offside*, driblar de *dribble*, término este sin fortuna porque el aficionado impuso *regatear*, expresión que ya utilizaba en el ámbito de la compraventa.

Lo dicho, que yo prefiero que mis hablantes, y los de todo el mundo, se acostumbren a manejar las voces extranjeras. Por eso celebro que los legisladores del lenguaje, por descuido, porque no dan abasto o por cambio de criterio, de vez en cuando incluyan en su diccionario algún forasterismo como *swing*, *airbag* o *software*, sin someterlo a una conversión infamante (aunque siguen inventando palabros como «cederrón» en lugar de aceptar *CD-ROM*). Aclaro que la palabra *forasterismo* no está en el diccionario, pero la legitima su empleo por el más abnegado de mis

---

<sup>22</sup> Debieron quedarse con ganas porque en 2019 me endosaron las formas *sánduche* y *sánguche*, usadas en algunos países latinoamericanos.

notarios<sup>23</sup>. Suya es también la protesta por las «docenas de bobaditas que navegan por el torrente sanguíneo del idioma, envenenándolo»<sup>24</sup>.

Lo cierto es que cada año mi cintura se ensancha más de lo que convendría a mi salud. Pero ya dije que la Academia no es de la Lengua, sino de los académicos. Y para mí tengo que los de aquí están picados con sus homólogos ingleses y esta competición es la causa de que no dejen de cebarme. Alguien me ha dicho que se han marcado el objetivo de alcanzar las cien mil entradas en su diccionario y por eso me atiborran de localismos, la mayor parte ultramarinos. No veo qué bien me hace saber cómo llaman a la albahaca en un pueblecito del Perú.

—oOo—

Cuando un hablante de otra lengua trata de adquirir sus primeras nociones sobre mí, las dos peculiaridades que más llaman su atención son la presencia de la ñ y la complejidad de las conjugaciones verbales: modos, tiempos, números, personas, voz activa, voz pasiva. Esta profusión le resulta abrumadora, y aún más cuando tropieza con algunas formas irregulares, como voy, quepo, cuezco (que alguno confundirá con cuesco)... Ya sé que son correctas, pero si os digo la verdad (siempre la digo), a mí tampoco me suenan bien. Escucho *andasteis* con más agrado que *anduvisteis*. Leo «un no rompido sueño»<sup>25</sup> y no me parece mal. Y aunque me jeringa citar el habla de las corralas madrileñas (¡ay que ver, cómo me maltrata!), sonrío ante su declinación a la pata llana del verbo rodar: «¿Quié usted que *rode?*».<sup>26</sup>

Y es que el sonido de las palabras también tiene su importancia. Si no, ¿por qué cada dos por tres organizáis un concurso para elegir mi palabra más bella? A mí me parece una ocurrencia boba, propia de quien da mayor relevancia a la estadística que al idioma. Además, en estas convocatorias los votantes no valoran la belleza formal, sino la conceptual. De ahí que den el primer premio a palabras como amor, libertad o madre. Yo nunca habría elegido una palabra que contuviera la letra «r»... (Mírala, ya está haciendo pucheros, como si yo la discriminara. Demasiado sabe que prefiero a *porrillo* antes que a *tutiplén*). Pero en los concursos también hay excepciones: una vez ganó libélula. Ésa sí que me gusta.

Bueno, y vuelvo con el extranjero al que dejé perdido en el laberinto de las conjugaciones (¿a que vosotros tampoco os acordabais de él?). Tras este primer sobresalto, no tarda en descubrir algo que lo consuela. Es la coherencia que Fonética impone a las vocales, cada una con su sonido inalterable, no importa qué otras la acompañen. En francés, cuando alguien lee *l'eau* dice «lo»; en alemán, si lee Freud dice «Froid»; en inglés, la letra *a* puede sonar como «a» (*blood*), como «ei» (*face*), como «o» (*door*)... Es decir, que para pronunciar correctamente una palabra el hablante debe escucharla antes. Eso no pasa conmigo. Una vez aprendido el sonido de cada vocal, el extranjero ya sabe pronunciar cualquier fonema que se le ponga delante. (O casi, porque la «u» se salta esta disciplina y se vuelve muda después de la «g» o la «q»).

Entre las consonantes, la más guerrera es la «c», que cambia de sonido dependiendo de la vocal que la siga, sonido «k» ante las letras «a», «o», «u»; sonido

---

<sup>23</sup> Lázaro Carreter, *El dardo en la palabra*: «El arrogante forasterismo [*leader*] ha expulsado cuanto en nuestro idioma podía hacerle competencia» (*Alante*, 1994). «Tal forasterismo [*stage*] nos ha llegado del francés» (*Stage*, 1994).

<sup>24</sup> Ídem: *Santuario*, 1981.

<sup>25</sup> Fray Luis de León, *Oda a la vida retirada*

<sup>26</sup> Fragmento de la zarzuela *La revoltosa*, estrenada en 1897 con libreto de José López Silva y Carlos Fernández Shaw, y música de Ruperto Chapí.

«z» ante la «e» y la «i». Pero esta irregularidad no me la pueden echar en cara los hablantes de las lenguas antes referidas, francesa, alemana, inglesa, ya que en ellas ocurre lo mismo.

También se acusa de inconsecuencia a la «h», muda excepto cuando va precedida por una «c». Pero no siempre fue así. ¿Os acordáis de aquellas palabras medievales, *fermosa, formica, facer...*? A mí me gustaban. Reconozco que sentí el mutismo de la «h», aunque no tanto como Fonética. Tan laboriosa siempre, encajó mal vuestra dejadez. «¡Los muy perezosos! Ahora, a ver quién distingue deshecho y desecho»<sup>27</sup>. Tuve que pedirle que bajara la voz, no la fuesen a oír mis hermanas. Ya dije que uno de mis puntos fuertes es que se me habla igual que se me escribe, con alguna excepción, claro.

Pero, en fin, pelillos a la mar. Al fin y al cabo, en todas partes cuecen habas, como denunció un británico a propósito de su propia lengua: «Los ingleses no tienen respeto a su idioma y no quieren enseñar a sus hijos a hablarlo. Lo pronuncian tan abominablemente que nadie puede aprender, por sí solo, a imitar sus sonidos. El español suena claro para los oídos extranjeros; el inglés no suena claro ni para los oídos ingleses»<sup>28</sup>. Lo que yo decía. ¡Buen trabajo, Fonética!

—oOo—

Al principio de este monólogo, mencioné el deterioro progresivo de la letra «d» en el lenguaje oral, y en particular su omisión en las palabras terminadas en «ado» o «ada». Este empeño del hablante por expresar sus ideas con el menor esfuerzo es contemplado con indulgencia por los doctores, quienes dan por buenos algunos de los muñones resultantes, llegando incluso a establecer distintos nombres para las amputaciones según se produzcan por delante, por el centro o por detrás: «aféresis», si se extirpa el principio, como en chelo por violonchelo; «síncopa», si se suprime el centro, como en Navidad por Natividad; «apócope», si se cercena el final, como en san por santo.

Perdón, me había prometido no ponerme docta ni transitar por senderos esdrújulos. Mi propósito es que no me sintáis como ciencia, sino como amiga sentada a vuestro lado en el sofá. Para compensaros, cerraré este monólogo con un simpático ejemplo de aféresis: Un labriego señala el cielo y dice: «Mira, un *vion*». A su lado, otro lo corrige: «Qué va, eso es un *eroplano*». Como ninguno da su brazo a torcer, buscan la opinión del alcalde, quien no se moja demasiado: «Los dos tenéis razón: se *pue'icir vion* y se *pue'icir eroplano*. Pero a mí me gusta más *parato*».

---

<sup>27</sup> De los verbos «deshacer» y «desechar».

<sup>28</sup> George Bernard Shaw, prefacio de *Pygmalion*, 1913.